

DE NUESTROS REDACTORES. —

ANOCHECER EN EL PUERTO

NO EXISTE ya aquel malecón con peldaños de hierro, sentado en los cuales soñé tantos hermosos sueños hace muchos años; ha desaparecido la vieja estación, reemplazada por un edificio de hermosas líneas; los barcos atracan en la tierra misma y un espigón defiende o pretende defender, la poza en que están anclados. El mar es, sin embargo, el mismo, y los hombres son, también, los mismos.

Vemos desde tierra los cuatro palos del "Priwall" y los tres de la "Baquedano", las luces del "Blanco" y la grisácea proa del destructor "Serrano". Algunos barcos cargan o descargan, amarrados a los modernos malecones, y un barco japonés, con varias banderas pintadas a los costados, atraviesa perezosamente ante nosotros, arrastrado como por el hocico por un poderoso remolcador. Parece que zarpa.

El mar tiene el mismo color de antaño, un color de acero azul, movable, ondulante, y las lanchas, los faluchos, las boyas, flotan oscuramente sobre él. Oigo gritos que me recuerdan los que yo lanzaba llamando a los guachimanes y veo cerca del muelle los botes y los nerviosos boteros que los tripulaban y que los siguen tripulando. Nada ha cambiado, pues.

En una punta del muelle, junto a la casa en que se guarda el bote salvavidas, cuatro muchachitos, pescalzos, greñudos, que tan pronto rien como se trenzan a bofetadas, pescan. Algunos minúsculos pececillos, sardinas, pejerreyes o róbalos, brillan en el surco como si fueran de plata. Un barco llama pidiendo algo y una luz roja se enciende y se apaga sobre el mar. Suenan las arrias al levantar y bajar la carga y los mismos hombres de antaño se lanzan como hormigas sobre los pesados bultos. Nada ha cambiado, pues.

Nada ha cambiado. Y aunque ahora no deba yo embarcarme a bordo de una gasolinera que me dejaría a bordo del falucho, cuyo contenido debería defender de los avispados piratas de la bahía; aunque no desembarco después de una dura jornada de trabajo a bordo de los sucios vapores carboneros; aunque ahora esté yo sentado dentro de un cómodo automóvil — ajeno, por supuesto — y rodeado de gente que tal vez me estima, y junto a mi hijo que siente, como yo, el encanto y la atracción del mar, experimento la misma sensación de antaño al ver cómo la noche cae sobre el puerto. Y aunque ya hayan pasado bastantes años y mis huesos y mis músculos están menos flexibles y menos vigorosos, siento que si algún día, para defenderme o para defender a los míos, debiera hacer lo mismo que hice siendo joven, lo haría sin la menor vacilación, tal como lo hacen aún y lo seguirán haciendo los boteros, los lancheros y los carboneros. Si ellos lo hacen, ¿por qué no habría de hacerlo yo? Si ellos no han cambiado, ¿por qué habría de cambiar yo?

Y esta seguridad, que me pone orgulloso, hace que sea más intenso y más hondo el sentimiento que experimento al ver caer la noche sobre el puerto.

1941 ~~ROJAS~~